

campos más aptos para probarlo, frente a las chimeneas de una fábrica, o a la vista de unos postes de T. S. H.

El otro envío está constituido por un fascículo de versos que tienen todo el sabor de aquellos de Maeso Gonzalvo de Berceo, mezclados con un olor a pampa extensa. Una pampa donde podrían aparecer, por espejismo, los molinos de viento del Campo de Criptana y donde si nos equivocamos un poco, vemos pasar a don Segundo de la Mancha, conversando con don Quijote de la Pampa al compás de las pisadas de sus caballos (1).

Versos largos, con serenidad de llanura y de crepúsculo, que forman una ofrenda «A la memoria de Ricardo Güiraldes». Recuerdo admirable al que se fué. Con todo el sabor romántico de una alianza huída antes de tiempo:

«Llegaste cuando yo no estaba y yo vine cuando habías partido, y nuestra alianza queda encinta de todo lo que pudo haber sido»...

Desde la posada vecina, donde espera, Ricardo Güiraldes, hidalgo de la llanura, a lomos del pingo todavía, habrá sonreído con satisfacción de verse tan bien recordado.

Y a este poeta (que Dios conserve muchos años todavía en esta posada donde estamos), a Alfonso Reyes, le habrá agradecido la sombra de don Segundo el homenaje claro de estos versos sencillos y cuajados de verdad poética.

JOSÉ MARÍA SOUVIRON.



PORTALES, por *Francisco A. Encina*.

Portales de nuevo a la moda. Lo ha exhumado el señor Francisco Antonio Encina en dos macizos volúmenes, fruto de larga

---

(1) Alfonso Reyes.—A la memoria de Ricardo Güiraldes.—Río de Janeiro.—(1934).

y paciente investigación. Es un libro que impone su corpulencia, que hace dudar de que haya sido escrito por un habitante de Chile. Sin embargo, está escrito por el señor Encina, autor de un ensayo sobre nuestra inferioridad económica que dió mucho que hablar. Este de Portales (1), dará también mucho que hablar. Condición de los libros que aspiran a remover todo un período histórico, y a trastornar los fundamentos mismos de la historiografía. A pesar de todo, la última palabra no está dicha sobre Portales. No se podrá aún decir, Por más que se crea que esto agota la materia, no la agota de ninguna manera. Aquel hombre de Estado, comerciante, mujeriego, místico, organizador, que anduvo a empellones con los pipiols, hasta borrarlos, según él creyó, de la superficie del suelo chileno, guarda entre sus pliegues algunos secretos que otros biógrafos irán sacando a luz. Es, sin embargo, el libro del señor Encina una contribución formidable al estudio del célebre hombre público. Aun cuando su tesis no agradará a todos, es la tesis de un convencido, de uno que ha estudiado, de su particular punto de vista, claro está, la génesis y el desarrollo de la fuerza, que llama portaliana.

El señor Encina siente, y no lo disimula, un desdén profundo por los «intelectuales» del tipo de Lastarria y Vicuña Mackenna, que contribuyeron a crear lo que se denomina la leyenda del odio a Portales. El señor Encina no concede nada a la mentalidad pipiola. La excluye, como Portales en su reinado, del dominio de la historia. Apenas si la toma para clavar en ella sus dardos. La fuente de información pipiola tampoco le sirve. Es para él sospechosa. Es falsa. Portales está para él por encima de las divergencias políticas, entre pipiols y pelucones. Portales es un místico de la fuerza, un místico de la idea de organización. Un intuitivo. De tal modo, el señor Encina pasa por encima de los defectos del hombre, que se inclina a perdonarlo to-

---

(1) *Portales* (2 tomos) Editorial Nascimento.—Santiago de Chile (1934).

do y justificarlo todo en el campo de la admiración hacia el hombre prematuramente sacrificado por Vidaurre, representante, en cierto modo, del pipiolismo, de la idea democrática.

Pero el gran pozo de la Colonia, de donde surge Portales, nada significa para el señor Encina. Nada es posible en la interpretación histórica de ciertos personajes chilenos de actuación posterior a la independencia, si no se va a bucear en ese mar espeso y sordo que forma y robustece la mentalidad de este país por espacio de siglos, aun a despecho del arribo de la mentalidad vasca en el siglo XVIII. Portales sintetiza bien todo ese dominio instaurado por el coloniaje sobre la efervescencia del hombre liberal que se forma en Chile, luego de independizarse el país de los españoles. La independencia rompe el vínculo político, pero deja el vínculo y la raíz viva de la dominación de una casta sobre otra. Eso que Portales llama «el peso de la noche», y que a él le sirve para enderezar y robustecer toda su concepción de gobierno, es precisamente la atmósfera densa y aterrante de la Colonia sobre la política y sobre la sociedad chilenas.

Es probable que el hombre en sí mismo sintiera desprecio tanto por unos como por otros. Tanto por los pelucones como por los pipiolo. Pero llevaba en su sombra, en su espíritu, en su sangre, en la subconsciencia, la palpitación de aquellos dominadores coloniales que gobernaron sin contrapeso sobre un país de sumisos. El señor Encina considera que no debe llamarse sanguinario a Portales. Que es esta una acusación falsa, puesto que durante su corta gestión fueron pocos los que cayeron bajo las balas del fusilamiento. Todo eso es posible. Pero no es solamente el mayor o menor derramamiento de sangre lo único que debe tenerse en cuenta para juzgar la conducta de un hombre de la estirpe de Portales. El no dió cuartel a los vencidos. Los persiguió hasta donde las fuerzas humanas le llevaron. Impuso a despecho de todo su razón personal. Tenía, evidentemente, la concepción del Estado fuerte e implacable. Consideraba como bri-

bones despreciables a todos los pipiolo del tiempo, y su único anhelo era borrarlos de sobre el haz del territorio.

Era, según el señor Encina, de la estirpe de los genios. Construyó una República en forma. Veinte años más tarde sus discípulos, Montt y Varas, hubieron de sofocar nuevamente sangrientas revoluciones de carácter pipiolo. El país siguió su curso en una especie de caudal lento y sereno hasta despeñarse en la torrentera del 91, en la que el señor Encina supone que terminó la era portaliana. Pero, ¿hay acaso un instante de la historia de Chile en que las luchas entre pipiolo y pelucones no extiendan su vehemencia por todo el campo de la vida chilena? ¿Hay algo que determine una verdadera justicia tal como la soñó el denominado mártir del Barón?

---

Es natural que Portales haya encendido siempre la admiración de los historiadores, y también de los que no lo son. Fué el hombre decisivo para una época en que se necesitaban hombres decididos. Tuvo, según el señor Encina, la intuición, por medio de la cual un hombre de Gobierno se anticipa a los sucesos, y establece, en el presente, los lineamientos de una organización que servirá para encauzar en el futuro la vida de la nación. Tenía la mística del orden. Y para usarla con éxito, una voluntad poderosa. No había grandes problemas económicos, sino los elementales en un país que recién nacía a la vida independiente. Chile había vivido tres siglos bajo la dictadura colonial. Nada había prosperado en el orden espiritual, y sólo, con escasas excepciones, las ideas encontraban asilo en los cerebros de los hombres de ese tiempo. Los ensayos de constitución marcaban la pauta del ritmo nacional. Se buscaba la fórmula que permitiera encerrar en doctrinas constitucionales, la existencia entera del país. El solo hecho de romper con la servidumbre colonial, imponía ya un criterio diametralmente opuesto al que habían usa-

do los grandes señores de la tierra, y se anticipaban las luchas feroces en que participarían los partidarios del antiguo orden y los admiradores del nuevo. La masa permaneció indiferente. Pero, ¿existía, acaso, la masa? Resultaba cosa fácil para ese genio imponer el orden sobre las dos facciones aristocráticas que aspiraban a apoderarse del gobierno.

Santiago era la cúspide del país, y en la capital se definía tanto el destino de las gentes como los rumbos que debían marcarse a la nacionalidad. Sólo la fuerza, es decir el ejército, que había hecho la independencia, podía decirse que tenía una conciencia, en oposición a la conciencia de los gobernantes. La iglesia era todopoderosa, y la magistratura, tal como en la Colonia, imponía también sus decisiones. ¿A quienes estaba encomendado el gobierno del país? Sólo a los poseedores de la tierra, a los terratenientes. La Colonia pasó íntegra en la voluntad de los señores santiaguinos, al país nuevo, que la independencia había creado. De este modo la única masa, con sentido democrático, que estuvo en contacto con la tierra misma, que sintió de cerca el hervor de una conciencia distinta a la que existía, fué el ejército. Pero el ejército se desgastó más tarde en los motines y en los cuarte-lazos, porque la ambición o la intromisión de los elementos civiles, lo buscaron para emplearlo como elemento de lucha interna.

El país, a la aparición de Portales, era presa del bandidaje en los campos. La independencia había dejado un rastro que es fatal, o que fué fatal en todos los países hispanoamericanos al terminarse la guerra. Bandas armadas, que obedecían a caudillos, assolaban las tierras, y se disputaban el dominio de ellas. Había que poner orden en ese torbellino desencadenado. Portales lo puso, indudablemente.

Puso también orden en la capital. El, como comerciante, comprendía que nada podía prosperar en materias de negocios, si no se sometía en el marco de una autoridad implacable, a los que querían perturbar, con asonadas, el desenvolvimiento de

la nueva política. Y fué, en ésto, un hombre de acero. Su correspondencia es bien clara en lo que se refiere a su concepto de gobierno. Es la correspondencia de un hombre de negocios. No creía en la democracia, tal como la entendían aquí. Era partidario del gobierno fuerte, centralizado. Los ideólogos de la revolución, según el señor Encina, carecían de sentido práctico. Preconizaban una constitución liberal imposible. Querían poner al país una faja movediza con la cual nada se podría encauzar. Lo que el país exigía era una constitución que permitiera la exaltación de un Ejecutivo todopoderoso. En buenas cuentas, un dictador. La del 33, nacida después de la destrucción sangrienta de la del 28, logró dar este desiderátum a los partidarios de ella.

Portales llenó, con su voluntad, esta creación jurídica. Pero todos olvidaron, o no quisieron verlas, las condiciones históricas del país. Nadie pensó en la tierra y lo que ella significaba como elemento de perturbación futura. Nadie paró mientes en la "encomienda", fuente de casi todos los males posteriores que ha padecido Chile. Los hombres liberales, de ese tiempo, cayeron sometidos por una fuerza superior, que les impuso silencio. Este silencio duró muchos años. La tragedia del Barón, representa, en cierto modo, la ruptura primera de ese silencio. Vidaurre, el nervioso conspirador de Quillota, amigo y protegido de Portales, quizo tomar en su mano la fuerza dispersa del liberalismo, nacida en los campos de batalla. La historia, con ser tan minuciosa y con haber acumulado tantos documentos, aun no ha trazado el cuadro comprensivo y completo de esa jornada triste que tantas proyecciones tuvo en el desarrollo de la vida política chilena, y que tanta importancia alcanzó para la génesis de las ideas democráticas.



El señor Encina siente una admiración incondicional por el Ministro Portales, y se la hace sentir a los demás. Por lo menos

a muchos de los que lo leen. La construcción del libro y el desarrollo de su tesis son indudablemente dignos de elogio, y arrastran fácilmente por un camino en que resplandecen instantes magníficos de luz. No todo, sin embargo, sugiere la misma impresión. Es de suponer que les será permitido a otros lectores tener otros puntos de vista, puesto que la historia chilena no es cuestión tan hermética como para que sólo unos cuantos elegidos se sientan en condiciones de entenderla. Insisto en que el tópicó Portales dista mucho aún de estar agotado. Con ser, más o menos, abundante su bibliografía, queda aún mucho por estudiar, y la época, que es cosa fundamental para el conocimiento de esa extraordinaria figura, permanece en la penumbra, por lo menos en lo que se refiere a la influencia de las tribus aristocráticas que de un modo tan profundo modificaron el curso de la historia política chilena.

No hay manera de eludir la sugestión colonial en la entonación del carácter portaliano. Comienza defendiendo sus negocios del desquiciamiento ocasionado en el país por la independencia, y se convierte en un organizador del orden. Por muy elemental que fuera entonces esta faja de tierra, latían allí a pocas leguas, por decirlo así, de la emancipación, unas pasiones primarias y a menudo terribles entre bandos que simbolizaban órdenes diversas de supremacía social y política. Los elementos aristocráticos del pipiolismo sentían la libertad con mayor generosidad que los pelucones, los monarquistas, los estanqueros y los afectos a la Iglesia. Estos eran encarnación viva de la colonia, cuyas leyes y costumbres no querían abandonar, y se consideraban herederos directos de aquel tronco enrededor del cual habían trenzado sus brazos y su voluntad, los admiradores de la autoridad real omnipotente. En estas aristocracias sudamericanas han existido, indudablemente, miembros que despreciaban ese servilismo tan frecuente en castas formadas por miembros heterogéneos que han salido del comercio, de la agricultura, de los ejércitos, de la vida aventurera. Durante las tiranías, unos son incondicionales

del dictador, por egoísmo, por instinto de conservación, por defensa de intereses amenazados por la revuelta, y otros se yerguen para combatir la omnipotencia por tradición, por espontáneo impulso de sus naturalezas gallardas. Tal ocurrió en Chile en la época de Portales con los pipiolo aristocráticos, y tal ha ocurrido más tarde, en tiempos muy cercanos a los nuestros. Unos aristócratas repudiaron y combatieron la dictadura y otros se entregaron a ella. Los tiempos cambian sólo en la decoración externa y en la mayor o menor importancia de los hombres que actúan.

Al advenimiento de Portales, según todos los historiadores,—y el señor Encina no escapa a la regla—Chile gemía bajo el azote de los motines y de la debilidad de los Gobiernos, más o menos, liberales. Los revoltosos eran indultados, y los cabecillas perdonados porque, según se ha dicho y se repite, la benignidad y la suavidad persuasiva formaban parte del espíritu del liberalismo pipiolo. Vale la pena leer en la página 75 de la edición de 1861 de la memoria histórica de Federico Errázuriz, «*Chile, bajo el imperio de la Constitución de 1828*», que los portalianos de ley, a cuyo frente camina el señor Encina, miran con desdén lo siguiente, entre otras cosas muy sugestivas, que el autor del libro que comentamos no toma en cuenta: «Bien triste y digna de lástima era la situación del Gobierno. Cuando una imprudente lenidad se proponía extirpar la honda raíz del desorden y de la anarquía que diariamente hacían explosión, con el remedio de los perdones y de los indultos, entonces era acusado de mantener vivo el germen de las revoluciones que esa misma indulgencia provocaba. Cuando convencido, tal vez de esta verdad, y alarmado por la frecuente repetición de los motines y de las revueltas se resolvía a poner freno a sus perpetradores, por medio de castigos pronto y ejemplares, entonces le salieron al encuentro los tribunales de justicia procurando a toda costa trabar su marcha, y suscitándole todo género de obstáculos. Así sucedió con la causa seguida contra Silverio Gutiérrez y

co-reos a quienes un Consejo de Guerra había condenado a muerte por el delito de sedición. La Corte de Apelaciones en Sala Marcial, a consecuencia de un reclamo interpuesto por la defensa de aquel reo, mandó con fecha 8 de Julio suspender la ejecución de la sentencia».

No hay que olvidar que los Tribunales de Justicia de aquel tiempo eran todos de extracción pelucona, y estaban sostenidos por el poderoso partido que maniobraba e intrigaba en la sombra y que de un modo indirecto, subterráneo, sostenía a Portales. Alberto Edwards ha dicho en alguna parte de su *Fronda Aristocrática* que las revoluciones santiaguinas se fraguaban en el interior de los palacios aristocráticos, sin que sus miembros apreciaran nunca comprometidos en la revuelta. Muchos creen que la mentalidad de un país cambia con el correr de los años. Eso acontecería si las revoluciones en verdad hubieran arrancado de cuajo las viejas organizaciones jurídicas y los instrumentos del funcionamiento del estado, para con instituciones e instrumentos nuevos, haber moldeado un alma y una mentalidad nuevas. Pero las revoluciones americanas, salvo excepciones, han sido revueltas de tribus que se quitaban el mando unas a otras y se desprestigiaban unas a otras, como en el caso citado por Errázuriz, haciendo ineficaz el instrumento jurídico encargado de aplicar sanciones. De estas luchas estaban ausentes el pueblo y la incipiente clase media que nunca intervinieron sino en las procesiones o en las fiestas con que los vencedores celebraban la victoria. El pueblo gemía como bajo la encomienda. La tribu pelucona era más fuerte que la tribu pipirola. Sólo que esta última, como se ha dicho, sentía con mayor grandeza el clima de la libertad, y se había puesto frente a la que encarnaba la omnipotencia de un régimen que se había trasladado casi íntegro desde la colonia a la vida independiente.

Lo que había que sepultar, según se pensaba, y no se decía era la petulancia pipirola de algunas fracciones aristocráticas. El ambiente de Chile por aquellos días estaba formado por los

grandes señores de la tierra, por los estanqueros que habían sido desposeídos de sus monopolios con los cuales mucho tenía que ver Portales, y por la Iglesia, cuyas raíces absorbían ávidamente el jugo colonial. Era difícil, por no decir imposible, que el pipiolismo liberal pudiera gobernar en paz. Con todo, durante el Gobierno de Pinto se avanzó bastante, y su huella honda impidió que el peluconismo desvirtuara el sentido que las precarias ideas liberales, tan duramente combatidas y perseguidas, habían impreso en la mentalidad de los habitantes de este país. Con él comienzan el pueblo y la clase media a constituir algo en la vida chilena. Portales, con todo su impersonalismo, estuvo más cerca del peluconismo que de la conciencia liberal. El orden lo impuso por encima de todos, pero algo había en esa organización jurídica del 33, algo duro y violento que señalaba como una palpitación lenta y sorda, el triunfo y la fuerza de la sugestión colonial.

El libro del señor Encina es, y me complace en reconocerlo, un documento de primer orden para entender una faz del problema político y social de Chile, a través de un temperamento determinado. Pero es un libro en que el autor por poner demasiada luz sobre la figura psicológica del hombre, como gobernante y como «genio», ha dejado en la penumbra o en la sombra completa, hechos y fenómenos fundamentales para apreciar el carácter de la obra portaliana. Hasta este momento, nadie en Chile, que se sepa, ha estudiado el régimen de la encomienda a la luz de la filosofía. Ese régimen determina odiosas extorsiones y brutales desigualdades que prolongan su acción más allá de la emancipación. Portales recogió sin él quererlo, mucho de esa atmósfera y si es cierto que se dispuso a poner orden en el caos pequeño de las familias aristocráticas, divididas entre peluconas y pipiolas, nada le importó la condición en que se encontraba la tierra ni la suerte de los que en ella debían recibir su influencia. A Portales la tierra le importaba poco, como elemento generador de un orden social futuro a cubierto de luchas dolorosas. El problema de la encomienda es más importante de lo que

se cree para el estudio de esta figura, que puso toda su fuerza al servicio de un orden de encomenderos y no al servicio de un orden general.

D. MELFI.

■

LAS LETRAS CHILENAS, por *Domingo Amunátegui Solar*.

A los incontables estudios que se han hecho sobre la literatura chilena hay que agregar ahora el que D. Domingo Amunátegui acaba de publicar, en segunda edición, con el título de «Las Letras Chilenas». Es curioso que en la primera edición no reparase nadie, y que sólo haya tenido comentarista la impreza por Nascimento.

En cuatro partes divide su libro el señor Amunátegui. De todas ellas, las que se refieren a la colonia y a los primeros tiempos republicanos son las que tienen errores de menos bulto. Ambos períodos han sido estudiados ya prolijamente, y puede afirmarse que sobre ellos está dicha la última palabra, tal vez un poco antes de estas que dice ahora el señor Amunátegui. No nos detendremos, pues, en esos capítulos.

De casi todos los escritores que estudia, hace el autor una pequeña biografía, y no nos explicamos por qué nos da incompleta la de D. Miguel Luis y D. Gregorio Víctor Amunátegui, callando quienes fueron sus padres. ¿Piensa don Domingo que el origen humilde de esos escritores empañaría un poco el brillo aristocrático que el monumento ha dado a su apellido? Como el libro está destinado a los estudiantes de segunda enseñanza, creemos que el autor no debió silenciar el triunfo social que significó para sus descendientes el impulso que esos dos grandes espíritus dieron a la enseñanza y a las letras de su patria.

Como nos interesan, más que otras páginas del libro, las que el señor Amunátegui dedica a la poesía, haremos algunos rápidos comentarios.